

# ¡LEALTAD!

Drama de costumbres democráticas, de la vida real,  
en dos actos y en prosa,

de

Ricardo Viera Serrano





# ¡LEALTAD!

---

---

DRAMA DE COSTUMBRES DEMOCRÁTICAS, DE LA VIDA REAL,  
EN DOS ACTOS Y EN PROSA

DE

Ricardo Viera Serrano



JUNTA DELEGADA  
DEL  
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la  
Biblioteca Nacional

Procedencia  
I BURRAS

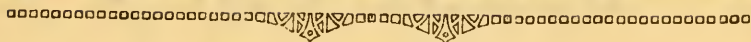
N.º de la procedencia

5221

IMPRENTA :: EL PAIS :: LÉRIDA



# DEDICATORIA



**Sr. D. Manuel Romerales**

**Dignísimo y pundonoroso Teniente Coronel del Arma de Infantería, primer Jefe del Batallón Cazadores de Alfonso XII, y Comandante Militar de Seo de Urgel**

Las Leyes Sociales por un lado, la disciplina militar por otro, formaron un muro que separase a los seres, manteniéndolos cada uno en el lugar que debieran ocupar; hay, no obstante, otra Ley más poderosa, por ser inmutable; las almas desconocen estas leyes que distancian y establecieron el paralelismo de ellas entre sí, teniendo su convergencia en las letras, en las ciencias y en los amores; al dedicarle esta humilde obra, (que como mía carece de valor) cumplo esta última; su amor a la literatura, su democracia puesta de relieve en todos sus actos, su amor a nuestra querida España, formando razones para ella, en la casa solariega del Arma de Infantería, siempre gloriosa, sita en el Alcazar de Toledo, me inducen a creer que pueda aceptar esta sencilla prueba de cariño y respeto, toda vez que el triunfo que fija para su Lealtad, es que le agrade a V. S. puesto que sería cumplir el fin que persigue :: ::

EL AUTOR.

1924.

720318

# PERSONAJES

## ACTORES

- D. JUSTO MARTINEZ, cajero de la razón social  
CESAR MARTINEZ, Hijo del anterior, Ingeniero.
- D. ZACARIAS FERNANDEZ, Accionista.  
ROMUALDO ESCUDERO, Idem.  
ARTURO, Contable  
UN CRIADO.

## ACTRICES

- CLEMENTINA FERNANDEZ, Hija de D. Zac.  
JUANA, Doncella de la anterior  
MARINA, Criada de Cesar.

Epoca actual.

# : LEALTAD :

---

## Acto primero

Despacho del Cajero de la razón social Fernández y Compañía, S. A. Se encontrarán todos los adelantos modernos y comodidades, facilitadas al dependiente, que fué siempre de la absoluta confianza de sus jefes.

D. Justo Martínez, cajero, frisa en los 66 años, simpático, recto y muy trabajador y laborioso; cumple su delicada misión a conciencia; manifiesta sus ideales, que no los considera incompatibles con su cargo.

Cesar Martínez, hijo del primero, Ingeniero Industrial, estudioso y una esperanza por su talento poco vulgar; calcula con las conveniencias del género humano; tiene el ideal del que no considera al obrero un burro de carga; tiene conciencia y el concepto que le merece su propia estimación, lo baraja juntamente con el honor ajeno; es un perfecto caballero.

## ESCENA PRIMERA

D. Justo Martínez y Cesar; el primero termina de hacer el balance de caja correspondiente al año; el segundo llega del taller, con el traje propio de sus funciones; están sentados frente a frente en la mesa.

D. JUSTO

—Aquí tienes el total, la razón social Fernández y Compañía, está de enhorabuena; alcanza el actual balance un superavit sobre el anterior de 5 millones de pesetas, más un despreciable piquillo de 400 mil.

CESAR

—Cifra monstruosa, padre; no concibo como unos cuántos hombres agrupados, sin arrojar a la exposición nada más que un puñado de vil metal, apaleen tanto oro, y en cambio el productor de la humanidad, que se llama pueblo, gima por un trozo de pan; cuando salgo de tu despacho y te veo barajar millones y millones, y luego veo amontonados al igual de esos millones que numericamente manejas, a esos seres que no tienen más culpa que el haber nacido de padres humildes, experimenta mi alma esa sensación que produce la ira.

D. JUSTO

—¡Hijo! El mundo está formado bajo la base del que más tiene; escucha, Cesar, existió un hombre, que con sus sanas doctrinas intentó unir al mundo con los lazos del amor, derramó su bondad y la grandeza que se veía por aquellas sanas ideas, confundido con el pueblo, le pintó con tan vivos colores como enemigo de la humanidad, que el pueblo, siempre ignorante, lo condenó despiadado al bárbaro suplicio de morir afrentosamente en la Cruz. ¿Sabes como se llamó?

CESAR

—¿Jesús?

D. JUSTO

—El mismo, es cierto, y hoy se le denomina Hijo de Dios, Redentor del mundo; pues bien, los Isrraelitas le negaron, y en caravana, sin Patria y sin Rey, marchan al ocaso acusados por las generaciones como pueblo irredento; así mismo, el pueblo Español, no es fácil que seregenere hasta el punto de que los poderosos se salgan de la esfera en que viven, y separándose de sus lujos y comodidades den al pobre el pedazo de pan que con angustia piden; antes de ahora pensé en ello y por eso te he puesto fuera del alcance de esas necesidades.

CESAR

—Pero es infame, padre; ¿para que les sirve tanto dinero? Sería más loable, más noble que esa inmensidad que les sobra la distribuyesen.

D. JUSTO

—Sí, és razonable y hasta justo si quieres, pero eso, hijo mío, no puede ser aceptado, y no hemos de ser tan parciales que echemos toda la culpa a los ricos, que no poca les cabe a esos mismos que defendemos; fijate, sale un nuevo apóstol, un idealista, el pueblo se ofusca, lo cree y lo mima, no le pregunta quien és, ni de donde viene; ¿que és bueno? lo abandona, le hace ser-malo y sus ideales los convierte en mercancías; ¿salió del pueblo? pues se vende al rico, hace sus dineros y el pueblo sigue en el mismo estado o peor si cabe; ¿que és un vividor? a ese le ayuda, le encumbra y lo enriquece, y unas veces por la inconsciencia del pueblo y otra por la poca conciencia de sus esplotadores, él sigue invariable; los mártires se han acabado.

CESAR

—No obstante yo podría señalarte algunos.

D. JUSTO

—Sí, no lo niego, pero esos que tú me podrias señalar como tales, yo te los retrato de otra forma; en nuestra pobre Nación es entronizado con el aparatoso calificativo de mártir, aquél que propalando una idea contra el Régimen, es perseguido por los gobernantes con saña; el pueblo odia por instinto al que le gobierna, ama pues en su consecuencia al perseguido; si los representantes de las Leyes hacen caer el rigor de estas sobre él, entonces de revolucionario, de comerciante, quizás pasa a ocupar el lugar de semi-Dios; y esto es solo hijo de un error juridico, ni el uno es un profeta, ni los otros debieron dar tanta importancia a sus propagandas; para evitar esas



corrientes de simpatía, que crea el pueblo con sus propios enemigos y que son perjudiciales a la sociedad, sobra y basta con un manicomio.

CESAR —¿Y porque és enemigo del Pueblo el que ataca al Régimen?  
¿Por qué, padre, lo recluirías tú?

D. JUSTO —Por que el Régimen podrá ser defectuoso, pero no malo, y te lo demuestra el golpe dado a los políticos; son malos los que los emplean en el mal; es enemigo del pueblo el que ataca al Régimen, porque con esos ataques viene la perturbación y de sus consecuencias sangre que manchan las calles y las conciencias, y para salvar a un pueblo no es el medio más apropiado las luchas callejeras; para regenerarse ha de ser por convicción, no en luchas intestinas, recluiría a esos seres por eso, porque traen la perturbación.

CESAR —Es que yo, padre, soy de los convencidos; en mi recorrido por el extranjero he visto talentos que se premian, deseos que se estimulan, inventos que se ensalzan, protección al arte, al amor, a las ciencias, a la literatura, para todo, padre, para todo hay estimulantes.

D. JUSTO —España podrá ser que entre en esa era, pero es indispensable que el momento histórico no sufra alteración; es preciso que esos hombres abnegados que en un momento de exaltación patriótica, se lo jugaron todo por la salvación de la Patria, continuen su obra de regeneración emprendida, por eso sólo hemos de temer que al trasladarse las riendas del poder, se aduldere lo que tan sanos principios tuvo; si esto se verifica, se cumplirá la parte que te he señalado, que de analogía guardamos con el pueblo Israelita.

CESAR —Bien, pero eso precisamente me hace persistir en mi ideal y en mis creencias; reconozcamos, padre mío, que el obrero, como primer elemento de la humanidad, tiene una influencia en el porvenir y en el desarrollo de la sociedad y que él es el encargado de dar la orientación, sea a estos, sea a los que sustituyan en el poder, para la total regeneración, que se vislumbra hace años.

D. JUSTO —Tal vez estés en lo cierto, tal vez te equivoques, pero para lo que anuncias se presentan serios inconvenientes, y los poderes han de obrar con dureza; para que su realización fuese espontánea, para que se reconozca lo que las Leyes han de imponer en su día se precisa: 1.º. Que se instruya el obrero y desaparezca en consecuencia la raza de analfabetos y exaltados, que obre con conciencia plena de deberes a cumplir y de derechos a gozar, y 2.º que el potentado meta su conciencia en un crisol y la desmetalice; y para efectuar esto tienen unos y otros que sufrir, y es mucho el egoísmo, es casi irrealizable.

CESAR

—Tus teorías, me llevan a la confusión, dime pues, ¿a quien me debo? ¿Cómo he de luchar y por quién?

D. JUSTO

—Te debes al pueblo, has de luchar por él; pero no al pueblo revolucionario, no, al pueblo que con valentía lucha por su Patria, por su engrandecimiento y dignificación; tu lucha ha de ser a base de lo que eres; ese título de ingeniero, lo debes a tu talento; los servicios que de él emanan, puedes venderlos, eres pobre y esa es la mercancía de que dispones; en la lucha no has de vender tu honor, ni empeñar tu conciencia, lo primero es el legado que te di, lo segundo es la medida de tus actos, no le des a ésta toda la elasticidad de los que niegan su existencia; no amases riquezas, no adquieras honores, no te encumbres ni con las lágrimas de pobre ni subiéndote por los esqueletos de tus hermanos, que las glorias que se adquieren de esa forma, no dan brillo ni esplendor, que el bienestar que producen las riquezas así aseguradas, no dan comodidades, ni tranquilidad, son las productoras del insomnio, del malestar continuo y traen al ser el cansancio del espíritu; (entusiasmado) mira para abajo, César, y a medida que te elevas inclina más tu mirada, observa, observa siempre, hijo mío, el lugar de donde saliste.

CESAR

—Ese es mi ideal, padre. Así sueño yo mi vida y su desarrollo, (contagiado de su padre), y así ansio que llegue el momento, de poder manifestarme como debo, y poder gritar: ¡Viva la unión!, viva el pueblo!

## ESCENA SEGUNDA

Dichos y D. Zacarías y Romualdo; es el primero un hombre de 60 a 62 años, lo mismo puede ser bueno que malo; es el principal accionista de la razón social; el segundo lleva en su rostro, el sello de una ambición desmedida, su mirada es de esas que espantan cuando la ira se apodera de él; su edad sería difícil averiguarla, como así mismo la base de la fortuna que disfruta; es también accionista.

D. ZACARIAS

—¡Bien!, ¡muy bonito! Mientras los dueños tienen que reparar faltas en el taller, el ingeniero, el jefe de la marcha regular de ellos, lanza gritos revolucionarios y subversivos. (Agriamente a Cesar). No son esos gritos el lenguaje más apropiado a la significación que tienes en la sociedad; eso es propio de un obrerucha, no en ti. (A D. Justo). Ni este es el lugar llamado a ello, puesto que aquí está representada la marcha de las oficinas; le ruego pues que no vuelva a repetirse.

D. JUSTO

—(Dignamente). No son, D. Zacarías, gritos subversivos, ni revolucionarios las expansiones puras de un alma juvenil y ardorosa; no son esas expansiones un insulto al lugar, puesto

que con esos ideales llevo un crecido número de años en el, sin que para nada haya afectado a la marcha regular de los trabajos que se desarrollan; como dueño del local está en su derecho de impedir que hechos como el reciente vuelvan a repetirse, por ello le pido mil perdones.

ROMUALDO —Está muy en caja su contestación, Sr. Martinez; se expresa V. en la forma del sirviente indispensable, y mientras escucha V. a su hijo el dar una conferencia de socialismo, seguramente, los obreros, aprovechando su ausencia, están brazo sobre brazo.

CESAR —Al hablar V. no debía yo hacerlo, somos incompatibles; pero no obstante, quiero desligarlo de su error: el cuidar del personal es de los encargados, mi actuación de técnico no se rebaja a tal extremo; en cuanto al calificativo de sirviente aplicado a mi padre, él le contestará debidamente, pero yo le advierte que si no es indispensable, antes de aparecer V. aquí, era necesario, porque los hombres honrados son precisos; no doy conferencias socialistas, es que comento y discuto el inmenso número de millones que os distribuís en el dividendo del actual balance.

ROMUALDO —(A D. Zacarias) ¿Cree V. lógica la contestación de nuestro Ingeniero?

D. JUSTO —(Ataja a D. Zacarias). La contestación es exactamente la más comedida que podía darle; su forma de tratar al alto personal de las oficinas autoriza a contestar de esa forma y de otra más irregular; yo no soy sirviente en el sentido que V. da a la frase, servimos en esta casa, yo desde mi juventud, Cesar desde su infancia, y, jamás, entiéndalo bien, jamás hasta la fecha hemos sido amonestados, por V. lo hemos sido; es decir hasta V. mismo ha querido hacerlo, pero entienda que la categoría de jefe mío, no se la concedo.

D. ZAC. —No, eso no, D. Justo. D. Romualdo es jefe, por sus derechos innegables de accionista.

ROMUALDO —Es muy apropiada la altanería, en un simple servidor.

CESAR —Es que V. llama altanería a la dignidad, eso lo hace la ignorancia.

ROMUALDO —(Dominado por la ira). ¿Ignorancia de qué?

D. JUSTO —(Algo molesto). De lo que es dignidad; (movimiento en Romualdo) (enérgico) sí, de lo que es dignidad, V. atribuyéndose una autoridad de la que carece, pretende humillar a hombres que de sustentar otras ideas, ocuparían cargos de accionistas, donde solo son sirvientes, (subrayado) pero si son sirvientes, lo deben a su honradez; no son como otros que sería árdua tarea la de averiguar la base de su fortuna.

ROMUALDO —No comprendo el alcance de sus palabras.

CESAR —(Con segunda). No; no es fácil comprenderlo.

- ROMUALDO —(Que sigue dominado por la ira y que reprime mal). Para vosotros los socialistas, todo es misterioso, todo es sucio.
- CESAR —(A su padre). ¿Me permites contestarle, padre? (Señal de asentimiento en D. Justo) (a Romualdo). Dos veces nos ha llamado socialistas, no es deshonra el serlo, aunque en la forma de llamarlo se denota algo como si fuese un insulto; le voy, pues, ya que parece que lo desea, a manifestar aun cuando en términos concisos nuestros ideales, el nombre es lo de menos valor; no pensamos en regenerar el mundo, sólo sabemos que amamos por igual a todos los seres; cuando os vemos apalear millones y al pueblo pedir extenuado un pedazo de pan, para mitigar su hambre; cuando ese pueblo febril, calenturiento, le vemos encenagarse en el vicio que trae el olvido; cuando por último vemos la nueva generación que envuelta en la miseria se desarrolla anémica, por falta de ese derecho innegable que tiene al alimento que cruelmente le negais, nos indignamos.
- D. ZAC. —¿Contra nosotros?
- CESAR —(Enardecido). Contra vosotros, por vuestra desmedida ambición de supremacía y la admiración que prestais al fastuoso lujo que arrastrais; contra ellos por su ignorancia, aun cuando de ella sois los únicos culpables; contra nosotros mismos por nuestra incapacidad para conducirlos y convencerlos.
- ROMUALDO —Aprovechados fueron los estudios que hizo con el dinero de la sociedad. (A D. Zacarías por Cesar).
- D. JUSTO —De la sociedad, es cierto, pero fué devuelto.
- D. ZAC. —Siempre es de agradecer un préstamo, D. Justo.
- D. JUSTO —Préstamos que hice efectivos al 6<sup>o</sup>l<sup>o</sup>.
- ROMUALDO —Interés según V. que aleja todo agradecimiento.
- D. JUSTO —Las obras que se creen buenas y las que aún siéndolo se arrojan al rostro, pierden todo su valor; si el que las hizo lo verifica es una felonía, si el que las recibió se humilla es un cobarde; se me prestó el dinero para que mi hijo efectuase los estudios que le hiciesen entrar en posesión del título que tiene, no se nos compró ni la dignidad, ni el pensamiento, bajo esa base ni él, ni yo, habríamos aceptado, y como la presente tirantez da la sensación de que constituimos un estorbo ruego emprendan el camino más corto para resolverlo.
- D. ZAC. —(A. Justo). De ello hablaremos ahora (a Cesar). Cesar, al taller.
- D. JUSTO —(Al ver que Cesar se retrae). Al taller, hijo.
- CESAR —(Humildemente a su padre y dirigiendo una mirada de odio a Romualdo). Bien, padre. (Sale).
-

## ESCENA TERCERA

*Dichos, menos Cesar.*

- D. ZAC. —Es excusado decirle, Sr. Martínez, que, aunque a pesar mío, he de proponer la separación de Cesar del cargo que actualmente ocupa.
- D. JUSTO —Proposición que no puedo por menos reconocer como justa, toda vez que son Vdes. muy dueños.
- D. ZAC. —Y V. dado a los años que lleva en la casa, solo me limito y por vez primera a apercibirle; debía V. haber limitado los ímpetus de su hijo a las creencias de la Sociedad; hace tiempo que sabe mi forma de pensar, para ser buenos españoles, es condición necesaria respetar lo que cada uno tiene adquirido, como suyo, es la forma de servir a la Patria y a la Monarquía, fundamento de ella.
- D. JUSTO ---Apercibimiento que en otras circunstancias, hubiese visto como todo subordinado debe ver la decisión de sus jefes, pero que en la actualidad rechaza mi dignidad con todas sus fuerzas; no solo habeis prodigado hoy los calificativos de socialistas y otros que vuestro labio no ha expresado, pero que en vuestro pensamiento giran, sino que también V. dominado no sé por que extraño influjo, me califica de anti-patriota; al hacerlo cree estar en un terreno firme, en lo inseguro de el ésta mi defensa, dice V. que se sirve a la Patria sirviendo a la monarquía, es cierto; pero no se le sirve en la forma que vosotros deseais, no decae el prestigio patrio por que se le reconozcan al obrero sus derechos, la madre Patria como otra cualquiera sufriría quebranto espiritual si precisamente se le niegan esos derechos; no se le hacen méritos a la Monarquía fundamento del Régimen socavando sus cimientos como vosotros lo haceis, no se le sirve acumulando odios sobre ella; por vuestro proceder Neroniano, si, sois los culpables de que el obrero odie al Régimen, porque con vuestra tiranía dais la sensación de que estáis protegidos por él, y por eso se le odia pero no en él, no, en vosotros; no se sirve a la Nación llenando de oro las gavetas, se le sirve dignificándola en sus partes, en el pueblo que es la Patria, que es el Rey.....
- D. ZAC. —..... ¡D. Justo!.....
- ROMUALDO —..... ¡Sr. Martínez!.....
- D. JUSTO —..... Vosotros no servís al Rey, no servís a la Patria, cuya invocación en vuestros labios es un blasfemia que les escupís; engañais al Estado, en vuestras matriculas, al obrero lo extenuais para lograr vuestros fines de amontonar riquezas; en vuestros despilfarros lujos se ven solo insultos sociales;

destruis hogares con vuestros caprichos y abusando de la indigencia en que por vuestra culpa está el pueblo: con el dinero de vuestros vicios se salvarian multitud de casas de familias; sois malos; cometeis a mansalva los unidos delitos de lesa-Majestad y de lesa-Patria, pues con el dinero, que ostenta el busto del Monarca, representación genuina de la España gloriosa y del escudo de ella, comprais conciencias y deshonrais hogares; os hacen reir el rugido del obrero, el llanto de la debil mujer, el quejido del inocente niño, y el gemido de importancia del anciano, representación de pasadas generaciones; en los códigos no se han anotado aún vuestros delitos, por su magnitud horrible, pero teneis de frente el problema; ¡hay de vosotros! si el pueblo despertando de su letargo se erige en juez, será implacable.

D. ZAC.

—(Completamente atónito). ¡Que barbaridad!

D. JUSTO

—(Seren y frio). Y a todo lo dicho he de agregar que deseo verme sustituido en el cargo.

ROMUALDO

—Con gusto le serviremos.

D. JUSTO

—Y que agradeceré sea cuanto antes.

D. ZAC.

—Se verá el medio de complacerle.

D. JUSTO

—Asi lo espero.

ROMUALDO

—(A D. Zacarias). ¿Vamos?

D. ZAC.

—Si, vamos. (Ambos se dirigen a la puerta; a Romualdo). ¿Ha visto Vd?

ROMUALDO

—Ahora hablaremos. (Salen).

## ESCENA CUATRA

### *D. Justo, solo*

D. JUSTO

—¡Cruces! Pretendeis que solo vuestra alma sienta, que solo vuestro pensamiento gire. ¡Siempre los modernos Neronés! ¡Si el obrero no pone un dique a su pensamiento, el despido; creéis poner en los que quedan el temor y dominar, vencer por el hambre con que amenazais! y es que ignorais que cuando un obrero es castigado por tal concepto, aumenta en las masas el odio; el labio permanece mudo, el pensamiento gira, corre, avanza y forma un cuerpo, todo odio; entonces las inteligencias en el periodo álgido de su ofuscación, hacen empuñar las herramientas en el taller, como armas ofensivas. ¿Qué importa, pues, que ellos no lo digan, si lo sienten? Ese es vuestro error; en fin, arreglemos esto para la entrega. (Se pone a ordenar papeles).

## ESCENA QUINTA

Dicho y Clementina; tendrá 23 años, simpática si las hay, su forma de hablar encantada, viste con suma sencillez y elegancia un coquetón traje de casa; entra rápidamente y le tapa a D. Justo los ojos con las manos.

- CLEMENTINA —¿A que no me conoces?
- D. JUSTO —Quita diablillo, ¿no he de conocerte?
- CLEMENTINA —¿Quién soy?
- D. JUSTO —La niña más seductora del mundo; una niña a quien yo quiero mucho.
- CLEMENTINA —(Lo suelta). Si, lo que V. quiera; pero dígame, ¿qué ocurría hace poco aquí?
- D. JUSTO —No se qué ocurriera nada.
- CLEMENTINA —¡Conque, nada! ¿he? ¿Por qué gritaba papá? ¿Por qué salía Cesar tan furioso de aquí?
- D. JUSTO —Por que a tu Sr. padre; es decir a su socio Romualdo, se le ha antojado que despejemos el campo, lo mejor dicho que Cesar y yo estorbamos en esta casa.
- CLEMENTINA —Pues si a ese.... Sr. o lo que sea, le estorbais, a mí me hacéis, precisamente hoy, mucha falta.
- D. JUSTO —¿Por qué?
- CLEMENTINA —Por nada, calcule que a ese, se le ha antojado pedirme en matrimonio.
- D. JUSTO —Eso no es nuevo, Clementina, ya hace tiempo lo creo concertado; veía que serías sin remisión la esposa de ese hombre; ¡pobre Clementina!
- CLEMENTINA —¡Ah! ¿Cree V. que llegaré a pertenecerle?
- D. JUSTO —No, no es que lo crea, es que ellos tratan de demostrarlo, y es más, para efectuarlo se hace indispensable que desaparezcan de tu lado, las personas que te aman.
- CLEMENTINA —Pero, es que no han contado con que tengo hecha mi elección.
- D. JUSTO —Eso les preocupa poco, conseguirán su fin y nada más.
- CLEMENTINA —Es que no saben que en mi elección está mi única felicidad, y si a ellos no les preocupa, a mí sí; yo quiero, y en el objeto de mi amor está reconcentrada mi alma entera.
- D. JUSTO —Pero debes obediencia a tu padre.
- CLEMENTINA —Si mi padre dá una falsa interpretación a su autoridad, no he de torcer el camino que emprenda mi corazón.
- D. JUSTO —Y veamos, si es que puede saberse, ¿quién es ese dichoso mortal?
- CLEMENTINA —¿No es V. capaz de adivinarlo?
- D. JUSTO —(sonríe). Perdóname, pero si de ello fuese capaz, no te lo hubiese preguntado.

- CLEMENTINA —Por que no quiere V., (sorpresa en D. Justo) sí, porque no quiere, y, ya que lo que pretende es que se lo diga, se lo diré; a quien yo quiero es un joven de mucho talento, guapo desde luego, pero pobre, y como és esta la mejor cualidad, por eso le amo más, y a esto he de agregar que se llama D. Cesar Martínez. (zalamera y acariciándole). ¿Qué, no le agrada? (Secamente). No.
- D. JUSTO —(Como si hubiese oído mal). ¿Cómo?
- CLEMENTINA —Que no, y esto que llama tu atención, y que ayer lo hubiese visto lo natural, por que no otra cosa se podía esperar de dos niños que cursaron juntos su infancia, es hoy de gran trascendencia; primero, porque Cesar y yo estamos en situación de dimitidos y creían que el cálculo era el primer factor, y segundo por que tu padre se opondría abiertamente a ello.
- CMEMENTINA —Lo que el vulgo dice, no me hace entrar en cuidado, que opine de la forma que quiera que a sus habladurías no he de sacrificar mi felicidad, y en cuanto a la oposición de mi padre es cuestión que entre él y yo hemos de delucidar.
- D. JUSTO —Esa exposición guarda perfecta armonía con tus sentimientos, pero ¿Cesar que dice a esto?
- CLEMENTINA —Cesar no sabe nada, pero lo sabrá, porque se lo diré cuando lo vea.
- D. JUSTO —Tú no harás eso, Clementina.
- CLEMENTINA —Le autorizo para que crea lo que estime más oportuno, pero, que se lo diré a Cesar, no le quepa la menor duda.
- D. JUSTO —Yo lo impe..... (Se interrumpe por la presencia de un criado). ¿Qué desea?
- CRIADO —D. Zacarías le ruega tenga la bondad de ir a su despacho.
- D. JUSTO —Bien, dígame que voy. (Sale el criado). Dispensa un momento que enseguida vuelvo.
- CLEMENTINA —Aqui le espero. (Sale D. Justo).

## ESCENA SEXTA

Clementina y Cesar en la puerta, sin que ella se dé cuenta de su presencia, hasta que él aparezca.

- CLEMENTINA —Ante la presente situación, he de de destacar todas mis energías; mi padre pretende que me una a un hombre que me es repugnante, le diré que a quien yo quiero no es al que él quiere entregarme, que es César; si destaca él sus facultades paternas, entonces..... ya veremos; me he propuesto vencer y venceré. (Entra Cesar algo emocionado por lo que escuchó).
- CESAR —¡Clementina!



- CLEMENTINA —(Confusa por haber sido sorprendida en su pensamiento).  
¡César!
- CESAR —¡Perdone! He sido mandado llamar por su señor padre y me creí que estuviese aquí, puesto que aquí le dejé.
- CLEMENTINA —Pues no está, amigo Cesar.
- CESAR —Por lo cual le pido permiso para retirarme.
- CLEMENTINA —¿Tal mal está en mi compañía?
- CESAR —No, lejos de eso, me es muy grata; pero es un asunto que tendrán que resolver de plano; falté al respeto a un accionista y se trata seguramente de acuerdos que contra mí se hayan adoptado.
- CLEMENTINA —Si, ya sé algo, su padre me informó; y dígame, Cesar, ¿caso de tenerse que marchar de esta casa en la que desarrolló su infancia, lo hará con gusto?
- CESAR —Como para V. debo ser sincero, por esa infancia que evoca y que junto dejamos deslizar, le diré que sí.
- CLEMENTINA —¿Y por qué?
- CÉSAR —Porque el ambiente que se respira en este local está saturado de microbios malsanos; porque estos aires son perjudiciales a la salud del honor y de la dignidad; porque la perfidia oculta bajo la figura de un ser humano se ha introducido entre nosotros, porque se pretende que claudique mis derechos de Ingeniero y que me reduzca en servilismo al papel de encargado, y eso, Clementina, no lo puedo, es más, no lo debo tolerar
- CLEMENTINA —¿Y donde irá V?
- CESAR —Donde se reconozcan los derechos del hombre, donde la dignidad no sufra, donde el honor valga por lo que es.
- CLEMENTINA —¿Y es sólo eso la causa, Cesar?
- CESAR —¿Qué causa puede ser, Clementina?
- CLEMENTINA —No sé, quizás, pasados amores..... quién sabe.
- CESAR —Lleva V. razón, algo de eso hay también; amores que lo mismo pueden ser felices que desgraciados.
- CLEMENTINA —¿Y va V. tras ellos?
- CESAR —Tras ellos voy.
- CLEMENTINA —(Sufre horriblemente). ¿Y están muy lejos?
- CESAR —No, están unidos a mi dignidad.
- CLEMENTINA —¿Es pues extranjera?
- CESAR —No, española.
- CLEMENTINA —¿La conozco, por fortuna?
- CESAR —Quizás.
- CLEMENTINA —Y cuando marche de aquí, ¿dónde irá?
- CESAR —Seguramente al extranjero.
- CLEMENTINA —Huye de ella, o se aproxima.
- CESAR —Materialmente me distancio, moralmente me acerco.
- CLEMENTINA —¿Es que ella no le ama?

- CESAR — Si.
- CLEMENTINA ¿Cómo pues se distancia?
- CESAR — Una causa muy poderosa me asiste.
- CLEMENTINA — ¿Le permite a la amiga de su niñez que le pregunte las causas?
- CESAR — Que muy satisfecho complaceré.
- CLEMENTINA — (Dando un suspiro por el que se le escapa el alma). Veamos, Cesar, veamos.
- CESAR — El objeto de mi amor, es una joven preciosa, de brillante educación, posee unos cuantos cientos de miles de duros y me ama con pasión.
- CLEMENTINA — Solo veo ahí causas para ser felices y no, para huir.
- CESAR — V. no las verá, pero existen.
- CLEMENTINA — Es que seré muy torpe.
- CESAR — No, es que aún no me he explicado; para yo unirme a ella tendría que renunciar a su fortuna, las circunstancias así lo imponen.
- CLEMENTINA — ¿Se resiste ella a efectuarlo?
- CESAR — No sé.
- CLEMENTINA — ¿Es que no lo sabe?
- CESAR — No, no se lo dije.
- CLEMENTINA — Pues digáselo.
- CESAR — Tengo cierto reparo.
- CLEMENTINA — Si es que yo la conozco y puedo servir de intérprete, se lo diré: es más, haré todo lo posible por inclinarla en su favor.
- CESAR — Acepto esa prueba de amistad, Clementina; puede V. pues decirle, (ansiedad manifiesta en ella) que mi amor y mi desinterés por ella es tal que no hay nada con que compararlas; que el fervor que guarda mi alma por ella, no tiene límites, que constituye para mí, algo así, como el credo de mi existencia; que no tema a bárbaras tiranías, que renunciando a sus riquezas será mía; que cuantos artificios y violencias se destaquen sobre ella se reducirán a polvo sobre el dique de mi amor.
- CLEMENTINA — (Casi ahogada por la emoción). Bueno, le diré eso y más, pero para ello tengo que saber quien és, como se llama.
- CESAR — (Se acerca a ella). (Aumenta la emoción de Clementina). La mujer, que yo quiero con toda mi alma, la que trae a mi corazón el fuego sagrado de la dicha, la que constituye para mi vida un elemento indispensable, és..... eres tú, Clementina!
- CLEMENTINA — (Sin poder aguantarse, cae en sus brazos). ¡Cesar! ¡Cesar mío!
- CESAR — (Abrazándola). ¡Clementina, mi amor! Mi alma solo sintió por ti, para ti latió mi corazón; has sido siempre la antorcha que alumbró el oscuro sendero de mi vida, has sido mi norte, mi guía, por ti, y para ti busqué en los rincones profundos de la Ciencia las incógnitas deseadas, entre ellas venias tú en-

vuelta, mi ventura, mi dicha, no temas que me aleje de tí, pues al alejarme de este lugar me aproximo más, lejos de aquí mi amor tiene el inmenso poder de encontrar el eden que te es necesario; no más ocultaciones, a la faz de mundo, te amo, Clementina, te amo.

CLEMENTINA —(Ebria de felicidad). ¡Así, Cesar, valiente que todos lo oigan, así te quiero; tu talento vale más que todas las riquezas; eres el torbellino que me arrastra hacia las inmensas alturas en que está situado tu corazón, alma de mi alma, vida mía, que feliz soy! ¿me quieres mucho, Cesar?

CESAR —Mucho, Clementina, mucho.

## ESCENA SEPTIMA

Dichos y D. Justo, que se queda sorprendido ante tal escena; ambos se separan.

D. JUSTO —(Grave). ¡Cesar! ¡Clementina! obráis mal, muy mal. Eso qué haces es impropio, Cesar.

CESAR —¡Padre!

CLEMENTINA —¡D. Justo!

D. JUSTO —Tu proceder, Cesar, amoldado a las actuales circunstancias, dán la sensación de poca caballerosidad.

CESAR —(Con cuanta dignidad le permite a un hijo obediente). ¡Padre! eso dicho por tí es una reprensión, por otro sería un insulto; tú que eres tan recto de juicio te has ofuscado; tú que conoces la rectitud de mi honor porque es tuyo me has amonestado sin reflexionar; no vendo mi corazón, padre, menos mi dignidad, (emocionado) es que el amor fundado en la niñez, se ha agigantado de tal manera que sus inconmensurables proporciones han hecho inevitable la declaración; es tan grande el amor que profeso a esta niña que sin poder evitarlo ha rebotado de mi corazón y lo he vertido sobre ella; que te explique pues como fué, yo no puedo. (Sale rápido).

## ESCENA OCTAVA

*Dichos menos Cesar.*

CLEMENTINA —(Se aproxima a él, con zalamería). Le ha tratado V. con demasiada dureza, él no merece eso.

D. JUSTO —Es que tu mismo padre acaba de insinuar algo, y yo he garantizado por mi honor que nada existía, te quieren para el otro y basta, ha de vencer el más fuerte.

- CLEMENTINA — Es necesario que para esta lucha cuenten conmigo, ¿no soy nada?
- D. JUSTO —¿Olvidas la autoridad paterna?
- CLEMENTINA —¿Olvida V. mi mayoría de edad?
- D. JUSTO —(Cogiéndola las manos con cariño). No debes pensar en ello, y mostrarte sumisa, no seas loquilla. (La acaricia y al mismo tiempo éntran D. Zacarias, Romualdo y Cesar).

## ESCENA NOVENA

*Dichos, D. Zacarías Romualdo y Cesar*

- D. ZACARIAS —(Sin poderse contener y con punto de enfado). ¡Clementina! ¿qué familiaridad es esa con uno de tus sirvientes?
- CLEMENTINA —(Sin soltar las manos de D. Justo). ¡Padre! esas frases que son un insulto para el Sr. Martínez, y que para mí constituyen un asombro, se te pueden perdonar, no son tuyas, son de tu angel malo. (Mira a Romualdo). Te creo más caballero y que tienes otro concepto formado del alto personal que funciona en tus oficinas y no puedo concederte la autenticidad, del sentido moral de lo que has dicho; y con dolor, padre mío, veo por mi parte la injusticia de que haces objeto a un hombre que de ser como otros (subrayado y mirando a Romualdo) que yo conozco, hubiese hace tiempo permutado el hábito de dependiente por las investiduras de accionista; pero como fué honrado y lo que más se presta a la ingratitud es la honradez, he ahí el por que tú te has hecho responsable de esas frases que has proferido, mostrándote tan bajo de sentimientos de caballerosidad y nobleza, como el que te las inculcó.
- ROMUALDO —Señorita.....
- CLEMENTINA —(Le interrumpe bruscamente). Con V. no he hablado, y, en su consecuencia, para nada debe entremezclarse en una conversación que solo a mi padre va dirigida; a menos de que en su osado cinismo llegue a gobernarnos a todos.
- D. ZACARIAS —(Reprochándola). ¡Clementina! ¡hija!
- CLEMENTINA —Ya está dicho, padre, solo admito tu imposición, la de un extraño, la de un advenedizo quizás, no.
- ROMUALDO —(Trémulo de ira). Seré lo que V. quiera, señorita, pero sus ídolos se desvanecen, se marchan, por que la razón social lo estima oportuno.
- CLEMENTINA —¡La razón social! miente V.
- ROMUALDO —(Dominado completamente por la ira). ¡Señorita!
- D. ZACARIAS —¡¡Clementina!!
- CLEMENTINA —Miente V. y quien sostenga eso; de esa razón formo parte y aún no se me ha dado cuenta.

- D. ZACARIAS —(Que comprende donde va a parar su hija). Escucha Clementina, hija, no te alteres.
- CLEMENTINA —No, si no me altero, pero escuchad, quiero exponer mi opinión; Cesar sale de aquí, porque así lo quiere él, lo exige su dignidad, si, esa palabra hueca para otros es en él una realidad; pero si Cesar sale, no su padre, D. Justo, no marcha porque yo, entendedlo bien, porque yo no quiero.....
- D. JUSTO —(Trata de interrumpirla). Pe.....
- CLEMENTINA —(No le deja seguir)..... queda a mis servicios, es desde este momento mi Secretario, y tomo esta resolución por lo siguiente: ese hombre, (señala a Romualdo) ha tenido la desfachatez de pedirme en matrimonio; no le puedo querer, por serme repulsivo, pero si así no fuese, exige mi honor, que antes de verificarse se ventilasen muchas cosas; mi mano es para Cesar, (asombro en todos) si, no os asonibreis de Cesar, qué es un caballero; ahora sabeis a que ateneros.
- D. ZACARIAS —Tú estás loca, Clementina.
- CLEMENTINA —Déjalo ahora, padre, tú y yo tenemos que hablar detenidamente; ya lo sabes Cesar, tuya y solo tuya.
- CESAR —Gracias, ¡Clementina! ¡Gracias! Has cumplido tu deber, ahora me toca a mí. (A D. Justo). Padre, la amo, al corazón no le mandan los hombres cuando el amor no se resiente. ¡Clementina! que no supongan que la ambición ni el cálculo me guían, que sepan los años que nos amamos, que se enteren que en los dulces recuerdos de la infancia nació este amor que ni el tiempo ni la ausencia han tenido fuerzas para destruir; arrójales tus riquezas a esos lobos del dinero, vente tú, amor mío, lejos sin dote, yo se lo robaré a la ciencia, al trabajo que es la dignificación del hombre.
- CLEMENTINA —Para ellos mi dote, no lo quiero, mi dote eres tú, mi capital tu amor, (se acerca a él que la coje una mano).
- D. JUSTO —¡Cesar! ¡hijo!
- CESAR —Si, padre, es el deber el que me dicta decirlo. (Dirigiéndose a ellos). Ya teneis el fin que perseguiais, ya teneis el botín deseado; ¡parásitos sociales! ¡vampiros de la humanidad! ¡bestias humanas! ¡creyentes de las riquezas! ¡ella es mía, libre en mi amor! ¡Clementina! ¡padre! ahora puede gritar: ¡viva el amor! ¡viva el pueblo!
- ROMUALDO —(Sabiendo lo directo del golpe) (a D. Zacarias). Agudeza de inteligencia ya tiene.
- CESAR —(Suelta a Clementina). Y tú lengua de vibora; padre, me ha insultado, ¿qué debo hacer? ¿debo castigar?
- D. JUSTO —(Friamente). Es un deber, hijo, la dignidad así lo exige, el honor manda; ¡castiga!
- CESAR (A Romualdo). En tu rostro de reptil, no se puede posar mi mano sin mancharse, no obstante, considérate abofeteado; te

llegó la hora cobarde! (Romualdo intenta arrojarle sobre Cesar pero lo detiene D. Zacarias; D. Justo y Clementina se llevan a Cesar).

## ESCENA DÉCIMA

### *D. Zacarías y Romualdo*

- ROMUALDO — Zacarías, se ha cambiado el orden, es preciso que el cajero no abandone el cargo, puedes valerte de tu hija; deposita el millón en caja.
- D. ZACARIAS — Está conforme el contable.
- ROMUALDO — Pronto vendrá; ya sabes que es difícil que se nieguen al cumplimiento de mi voluntad.
- D. ZACARIAS — Piensa antes en la magnitud del acto, y en sus posibles consecuencias.
- ROMUALDO — Observo que te estás volviendo cobarde y eso es contraproducente y poco de mi agrado; acuérdate del «Americano», y allí era yo el que te pedía reflexión.
- D. ZACARIAS — Por lo mismo que aquel crimen amarga mi existencia, temo otro nuevo, no todo sale como se desea.
- ROMUALDO — Te ruego no me molestes con tus infundados escrúpulos y dame la llave y la clave de la caja y retírate, el contable vendrá y no es conveniente te vea.
- D. ZACARIAS — Toma y caiga sobre ti toda la responsabilidad. (Le da la llave y clave de la casa y vase).

## ESCENA DÉCIMO-PRIMERA

### ROMUALDO

—Anda, que cuando llegue la hora de responder no te escaparás tan fácil de mis garras, tu hija dice no quererme, ¡bah! eso lo sé, lo de menos es su cariño, sus millones son los que me interesan, que ame el que ella crea mejor; es de todo punto indispensable poner la situación despejada cuanto antes, pero, (escucha) siento pasos, tal vez sea él, (se sienta) que me vea tranquilo.

## ESCENA DÉCIMO-SEGUNDA

Romualdo y Arturo, es un joven que lo mismo puede ser bueno que malo; es decir, sin la influencia que en él ejerce Romualdo sería bueno:

- ROMUALDO — Pasa Arturo, pasa que hace tiempo que te espero.
- ARTURO — Aún no es la hora que V. me señaló.

- ROMUALDO —Acércate, (él lo hace) ha llegado la hora de que realices la obra que te anuncié, ¿estás dispuesto a ello?
- ARTURO —¿De qué se trata?
- ROMUALDO —(Lo mira fijamente en tono pausado). Hace si mal no recuerdo 8 años, un suplente de cajero que desempeñaba las funciones de tal, fué sometido a un balance en el que notó el gerente de la sociedad cierto desfalco; el cajero firmó que el robo lo ejecutó él, el gerente perdonó y le evitó de ir a presidio; ¿conoces tú por casualidad a alguno de estos personajes?
- ARTURO —Si, señor, el gerente era V. el ladrón era yo, le recuerdo perfectamente, y si no lo recordase V. tiene la crueldad de hacérmelo tener presente.
- ROMUALDO —Te lo recuerdo sólo para que veas a lo que vives obligado; entraste aquí para servirme, te llegó la hora, ¿estás dispuesto?
- ARTURO —No queda otra remedio, ¿de que se trata?
- ROMUALDO —¿Ves esta llave y este papel? son la clave y la llave de la caja, de su fondo has de extraer un millón de pesetas, ya sabes como se hacen estas cosas.
- ARTURO —¿Pero y el Cajero?
- ROMUALDO —Tu no te preocupes, el cajero irá a presidio y en paz.
- ARTURO —Pero.....
- ROMUALDO —(Le interrumpe). Ni desees saber más, ni te importa, cumple lo dicho.
- ARTURO —Bien, pero esto necesita una franca explicación; ¿qué gano yo en ello?
- ROMUALDO —Fíjate tu el precio,
- ARTURO —(Con ansiedad). La confesión que tiene V. firmada por mí.
- ROMUALDO —Sea. Puedes retirarte.
- ARTURO —Bien. (Se dirige a la puerta, aparte) Obedeceré tu mandato. luego..... (sale).

## ESCENA ÚLTIMA

Romualdo y Clementina que no será vista por este y que entrará cuando él salga por lado contrario.

- ROMUALDO —Poco falta. ¡Malditos! esta noche Cesar, mañana el viejo preso; yo millonario; já..... já..... já. (Sale).
- CLEMENTINA —(Entra). Rie, rie, que la risa de capilla es risa de cobardes; ¿piensa vencer? Lo veremos; según tú, Cesar esta noche; ¿no te equivocas? Lo veremos, lo veremos.

*Telón*

*FIN DEL PRIMER ACTO.*

## Acto segundo

Habitación interior de la casa de D. Justo Martínez; puertas practicables, foro y laterales, ventana que dá al patio de la casa, es un segundo piso; la habitación estará con comodidades suficientes, pero sin lujo exagerado; en una butaca estará Cesar convaleciente de una herida; hablan D. Justo y Cesar.

### ESCENA PRIMERA

- CESAR —Todo el veneno que inoculó en mi alma con sus suposiciones de bajos sentimientos, lo sepulté en su pecho, de malvado; no sé manejar arma alguna, pero cuando el honor exige una pronta reparación, cuando un ángel nos acompaña con sus oraciones, cuando la razón guía el brazo, es innegable, padre, que la victoria és segura.
- D. JUSTO —Cierto, hijo; pero nada de lo que invocas ha podido evitar que un puñal traidor te retenga en cama por 35 días.
- CESAR —Y él, ¿cómo sigue?
- D. JUSTO —Tu mano de hombre honrado fué débil; hasta en ese terreno se resiste la honradez al crimen. que las leyes del honor aceptan como bueno; tu enemigo está totalmente restablecido.
- CESAR —No me pesa, lo que si querría saber quien fué el que dirigió el golpe contra mi.
- D. JUSTO —Bastante empeño se puso en ello, pero han resultado estériles todos los esfuerzos.
- CESAR —No me preocupa el que lo dió, ese era un mandatario, el que lo mandó dar, ¿quien será y qué animosidad puede tener contra mi?
- D. JUSTO —Nadie está exento, querido Cesar, de tener enemigos; y al fin lo interesante es que te restablezcas del todo.
- CESAR —Poco según el Doctor queda que hacer; pero, dime padre, ¿cómo es que después de tan serio altercado, te han rogado continuases al frente de tu cargo?
- D. JUSTO —No sé, hijo, Clementina me lo pidió y D. Zacarías me rogó le dispensase las inconveniencias de aquel día y hasta me hizo presente que una vez te restablezcas, espera poderte convencer de que continúes en tu puesto.
- CESAR —No, no es fácil que me convenzan; es más, te participo que este asunto no me parece de lo más claro.
- D. JUSTO —¡Bah! no debes temer toda vez que media Clementina.



- CESAR —Es que Clementina y tú, podeis ser victimas de la hipocresía de esos malvados.
- D. JUSTO —Nada tengo que temer, obro en conciencia y esto me hace estar tranquilo; en fin, lo importante ahora es que tú te restablezcas; dispénsame pues si te deajo, que tengo una importante operación que efectuar, tengo en caja un millón, y de hoy a mañana lie de verificar su entrega, y prefiero llevarla a cabo esta misma tarde.
- CESAR —¡Un millón! me extraña, padre, jamás la Sociedad operó con tan fuerte suma en efectivo.
- D. JUSTO —Es la segunda vez que se hace.
- CESAR —Tal vez sean aprensiones mías, pero el corazón me anuncia que algo se trama contra ti, apresúrate, padre mío, a reintegrar ese dinero al banco, para que yo esté tranquilo.
- D. JUSTO —(Sonríe). Bien, a ello voy; ¡ah! debo anunciarte que Clementina vendrá hoy, así me lo dijo esta mañana.
- CESAR —Dile al salir a Marina que venga.
- D. JUSTO —Hasta luego, Cesar. (Lo besa en la frente y sale).

## ESCENA SEGUNDA

CESAR

—Adios, padre; (pausa) pronto según el facultativo estaré totalmente restablecido, ya lo ansio, quiero lanzarme nuevamente a la lucha, quiero ver cara a cara otra vez a ese miserable; seguramente que algún secreto se esconde entre él y D. Zacarias; ¿qué será? poco he de poder o lo descubro; por que és inconcebible que se muestre con Clementina de una forma tan tirana, si causas muy poderosas y a las que él no puede sustraerse no lo imponen; ¿por qué sabiendo que ella y yo nos amamos quiere obligarla a darle su mano a ese hombre? ¿Qué fin persigue en ello y qué fuerza lo arrastra a sacrificar su hija? Ese és el problema; y ese cambio tan rápido en la actuación de mi padre y hasta de la mía incluso, ¿no es motivo de sospecha? Sí, me dice mi corazón que hay que prevenirse; el millón ese llama mi atención, Dios me ayudará. (Llamando). ¡Marina! ¡Marina!

## ESCENA TERCERA

Cesar y Marina; és la sirvienta, pero sirvienta que lo tuvo de pequeñito en sus faldas, lo quiere y trata como si fuese un hijo.

MARINA

—Ya estoy aquí, ¿qué quieres?

CESAR

—Es muy probable, es decir, es seguro que hoy vendrá Clementina, ¿sabes quién és?

- MARINA —Buenos estamos en casa para no conocer a Clementina, sin duda alguna te refieres a tu futura.
- CESAR —Sí, pero tú no la conocerás.
- MARINA —Que no la conozco, ¿eh? si el día que no venía una vez era porque lo hacia dos.
- CESAR —¡Pero ha venido!
- MARINA —Sí, hijo, y desde esta habitación ha espiado tus más insignificantes movimientos. ¿Qué dormías aletargado por la fiebre en su mayor intensidad? ella lloraba; ¿que te serenabas por ceder ésta? ella te contemplaba extasiada, como si por tus sufrimientos, como si por tu herida se le escapase el alma; yo que soy mujer, Cesar, y que te adoro con toda mi alma, porque en mis brazos te has desarrollado, y que tus amarguras las hago mías y me haces sufrir horriblemente he visto como ese angel con figura de mujer, te ama con el delirio que un fanático ama al objeto de su adoración.
- CESAR —Sí, Marina, hemos nacido el uno para el otro y así será a pesar de los serios obstáculos que se anteponen a ello; por tanto te ruego que cuando venga no la detengas un momento.
- MARINA —¡Ah! se me ha olvidado decirte que está esperando haber si lo recibes un joven que dice ser el contable de tu padre.
- CESAR —¡El contable de mi padre! es extraño, ¿le has dicho que papá está fuera?
- MARINA —Sí, y me contestó: ya me lo supongo, precisamente es lo que deseo, quiero ver a D. Cesar y no a D. Justo.
- CESAR —Dile que pase. (Sale Marina). ¿Qué querrá este hombre y porqué se alegra de la ausencia de mi padre?

## ESCENA CUARTA

Cesar y Arturo; presenta las huellas de estar dominado por una intensa emoción.

- ARTURO —(Desde la puerta). ¿Se puede?
- CESAR —(Sin moverse de la butaca). Pase, pase y dispense no me levante, pero dado mi estado me seria perjudicial.
- ARTURO —(Pasa). No, no debe V. molestarse; no es precisamente ese mi fin; (acercándose) y estoy seguro de que mi visita le causará la consiguiente extrañeza.
- CESAR —(Le indica un asiento). Siéntese; negar que me extraña su visita, seria faltar a la verdad, y no solo me extraña de una forma que és para mí inexplicable, sino que llama mi atención poderosamente.
- ARTURO —(Coje una silla y se sienta junto a Cesar). Pues todo quedará en breve tan claro que esa natural extrañeza se conver-

tirá en asombro; voy a ser relativamente conciso en el relato del objeto que me trae y en su consecuencia poco tiempo queda para que V. destierre de sí esa forma inexplicable que me anunciaba; le ruego pues que durante mi relato no juzgue a ninguno de los actores que intervienen en la tragedia que le he de referir, espere al final; anticipándole que este relato es hijo de la lealtad con que obra un hombre en el momento en que se emancipa de dueños que anteriormente y con férrea mano le imponían cruelmente la ejecución de actos contrarios a su conciencia, que si fueron ejecutados fueron las circunstancias las que lo empujaron, ya que no disponía de su voluntad.

CESAR —¿Y a ese relato está ligada mi vida?

ARTURO —Su vida, la de su padre y el honor de ambos, y a esto he de agregar que se encuentra del mismo modo su felicidad.

CESAR —Veamos, hable pues.

ARTURO —Permitame que dé principio a mi relato, remontándome a 8 años; era yo contable de una importante Sociedad, en la que entré desde pequeño en concepto de meritorio; tenía a mi cargo a mi anciana madre, enferma; mi sueldo apenas bastaba a cubrir las más perentorias necesidades; era gerente de la dicha asociación, D. Romualdo Escudero; por aquella fecha y pasando por encima un sin número de detalles no apropiados a la narración le fué recomendado a mi pobre madre el cambiar los aires de la población por los puros del campo; aunque mi situación no era la más lisonjera, me decidí a poner en práctica el mandato facultativo, al campo pues la envié; llevaba ya tres meses mejorando el estado de su salud cuando me fué notificado que para su total restablecimiento, era de todo punto indispensable practicarle una operación quirúrgica; sin recursos para ello y hallándome desempeñando las funciones de cajero accidentalmente, por enfermedad de éste, acudí al gerente en demanda de que me hiciese un anticipo, que eintegraría en pequeñas porciones mensuales; la petición me fué negada rotundamente, y sin reparar entonces en nada, ante la perspectiva de ver morir a mi madre por la negativa de aquél hombre, (sordamente) dispuse de los fondos que a mi honor se confiaran, falté a las leyes de la honradéz, y de la confianza, robé.

CESAR —(Al ver que sufre horriblemente y que se le desprenden algunas lágrimas). Vamos, pase por alto esos recuerdos, no evoque lo que le hace sufrir.

ARTURO —Nada tienen de grato, es cierto, pero tienen tras sí, el atractivo de la obra que voy a realizar; robé, ésta es la frase, pero no con la fortuna de los profesionales, aquella tarde el Gerente en persona me sometió a un balance en el que fué

inevitable presentar el desfalco de la cantidad sustraída; me manifestó que sería detenido; yo le quise hacer ver por lo que robé, y ante la creencia de que sería detenido por aquel ser despiadado, y que mi pobre madre retrasaría en un golpe todo lo avanzado de su curación, siendo inútil, el delito cometido, supliqué, imploré piedad y de tal forma lo hice que creí que había llegado a convencerlo, pero no fué así....

CESAR  
ARTURO

—(Con curiosidad e interés). ¿Le mandó detener?

—Pluguiera Dios que lo hubiera hecho; no fué así, me hizo firmar un documento en el cual me declaraba autor de aquel robo y otros que él imaginariamente compuso a título de interés; firmé, loco, por el cuadro de ver a mi madre en el abandono, embriagado por el amor que la profesaba, y no comprendí que con aquella firma labraba mi eterna desdicha; (emocionado por el recuerdo) el que purga un delito, cuando las puertas de la prisión se abren a su paso, tiene la satisfacción de haber saldado la deuda contraída con la sociedad, pero el que con vistas a delito roba por arrancar a la muerte que tiene como presa segura el amor de sus amores, y ha de vivir pendiente de un hombre sin conciencia, sin nociones de dignidad, sin escrúpulos, le és la vida un estorbo, una pesada carga, un continuo sufrir.

CESAR

—¿Y ese hombre sin conciencia, ese ser abyecto y depravado es el que forma parte de la razón social Fernández y Compañía?

ARTURO

—Efectivamente, sigo; pues, firmado el documento que me ponía a su voluntad de una manera incondicional, fué declarado el robo y mi honorabilidad, toda vez que al dimitir el cargo fui ratificado por el mismo gerente que a presencia de todos los empleados elogió mi actuación, haciendo historia desde mi ingreso en la casa; al poco tiempo murió mi madre, y ya solo dimití de una manera irrevocable.

CESAR

—Digno es V. de felicitación; pero, permítame que le diga que no veo lo que exista de común, entre esos episodios del que un malvado sacó una buena parte y lo que antes me anuncié respecto a mi.

ARTURO

—Le suplico un momento de calma, llame ahora toda su sangre fría, puesto que ha llegado el momento en que está V, ligado al cordón maldito de mi vida; el cargo que actualmente ocupo me fué facilitado por él hace dos años; creí que no tendría que añadir más eslabones a la bochornosa cadena de mi existencia y vivía feliz auxiliando a su padre en las funciones de caja; tan de veras tomé mi papel de hombre honrado que llegué a querer a D. Justo; su rectitud, sus sanos consejos y la confianza que en mí depositó, me hicieron quererle como a un padre; así las cosas, hasta el día antes de vuestro desafío,

se me dió el encargo de robar de caja un millón de pesetas, no pudo llevarse a cabo por las series de circunstancias que han concurrido, pero lo que no se hizo hace 35 días se ha realizado hoy.

- CESAR —(Salta materialmente en la butaca). ¿Qué V?.....
- ARTURO —(Tranquilamente). Yo, si señor, he robado este medio día un millón de pesetas existentes en caja, y en este momento vengo de depositarlo en el banco.
- CESAR —(Indignado). ¿Y cómo en vez de hacer esa infamia no lo denunció debidamente?
- ARTURO —Porque había de cobrar el precio.
- CESAR —¿Y con qué conciencia llamaba V. hace poco malvado a ese hombre?
- ARTURO —Con la de un hombre que fué honrado y que delinquiró por su madre; he dicho que había de cobrar el precio de mi trabajo, (subrayada) ¿pero sabe V. el precio estipulado?
- CESAR —Por crecido que fuese, primero es el honor de un anciano que lo tiene intachable.
- ARTURO —Tome y compare, honor contra honor, este era el precio. (Le entrega un papel que Cesar lee emocionado).
- CESAR —(Comprende que tiene de frente un caballero y le devuelve el papel). Comprendo, queda V. desligado de ese miserable; explíqueme pues, ¿de que forma ha hecho el depósito del millón?
- ARTURO —Siguiendo las instrucciones recibidas lo he impuesto a nombre de su padre.
- CESAR —(Ansiosamente). ¿Y el resguardo?
- ARTURO —(Lo saca de la cartera y se lo entrega). Este es.
- CESAR —(Cogiéndolo maquinalmente). ¡Pero no está a nombre de mi padre, figura a nombre de D. Zacarias!
- ARTURO —Justo, me ordenaron que lo hiciese a nombre de D. Justo, así lo prometí, pero no lo he hecho.
- CESAR —(Emocionado estrecha sus manos). ¡Gracias, amigo, gracias!
- ARTURO —(Se levanta). Y como con esto termina mi misión, y no solo me he de ausentar de aquí, sino que también de España, mis señas hasta mañana en esta tarjeta, de mañana en adelante hasta yo mismo lo ignoro; me marchó con la conciencia tranquila de haber cumplido mi deber, de haber sido leal, y con orgullo puedo ante mi reconocer que soy un hombre honrado.
- CESAR —Podría ocurrir que le necesitase, ¿haría en obsequio a mi padre, el sacrificio de aplazar su viaje unas horas?
- ARTURO —Sea, a nada temo.
- CESAR —A nada debe temer el hombre que dá a sus obras la magnitud de su conciencia, el que obra con lealtad.
- ARTURO —Hasta cuando necesite. (Le estrecha la mano y sale rápidamente).

## ESCENA QUINTA

CESAR

Al fin, mis fundados temores se van dando a luz; ¡padre! ¡pobre padre! ¡que llena de amargura tendrás tu alma! tú que eres honrado, que la probidad es la esencia que perfuma tu existencia, ¡que horrible decepción al verte condenado! tan miserable y tan bajo es tu enemigo que emplea las armas que todo caballero rechazaría, aún en la seguridad de vencer, y cobarde como el mismo delito que comete él solo se enreda en las redes que tendió para cojer su presa; ahora no será mi brazo el que haga justicia, no, dice mi padre que hasta en este caso se horroriza la honradez, será la ley, ¿eres digno del verdugo? pues que el verdugo cumpla.

## ESCENA SEXTA

*Dicho y Marina*

- MARINA —¡Cesar! ahí está la criada de Clementina que desea verte con urgencia.
- CESAR —(Alarmado). Dile que pase, ¿ocurre algo?
- MARINA —No sé, solo me ha dicho que le corre prisa hablar contigo.
- CESAR —Anda, que pase; (sale Marina) ¿qué ocurrirá de nuevo? hoy es misterioso y complicado el día.

## ESCENA SÉPTIMA

*Cesar y Juana; és una jovencita simpática y muy viva*

- JUANA —(Desde la puerta). ¿Se puede, señorito Cesar?
- CESAR —Pasa, Juana ¿qué ocurre que tanto interés tienes en verme? ¿Le sucede algo a tu señorita?
- JUANA —No, señorito Cesar, vengo sin mandato de nadie; traigo un encargo para V.
- CESAR —¿Alguna carta?
- JUANA —Una no, un paquete; és un pequeño robo que Jacinto el ordenanza de las oficinas ha efectuado, y por si le fuesen a V. útiles, se las traigo; tome V.
- CESAR —(Cogiendo el paquete que le dá Juana). Veamos que és esto. (Lo abre todo emocionado) (pausa). ¡Poder de Dios! ¡Juana! ¿Tú sabes lo que es esto? Su dueño te daría una fortuna porque se lo devolvieses.
- JUANA —¿Le son a V. necesarias?

- CESAR —Más de lo que supones; esto significa honor, tranquilidad, la dicha; echar de la sociedad un reptil; eres un angel, Juana. ¡Bendita seas! (Se desprenden de sus ojos lágrimas que Juana observa).
- JUANA —¡Señorito!
- CESAR —No me llames señorito, llámame hermano; ¿con qué te pagaré lo que has hecho por mí?
- JUANA —¿Pagada? Ya lo estoy con esas lágrimas que se desprenden de sus ojos, cuando un hombre como V. llora, grandes causas lo han de originar; la mayor recompensa que podía obtener la he recibido, el hacerle bien.
- CESAR —(Le coje una mano que ella no suelta). Gracias Juana; siempre recordará mi alma lo noble de la tuya, día llegará en que pueda demostrártelo.
- JUANA —(Emocionada). Lo que tiene que demostrar ya lo ha hecho, vale V. mucho, mucho. (Retira la mano y sale rápidamente).

## ESCENA OCTAVA

CESAR

—Al final van las pruebas acumulándose y constituyendo un cuerpo de acusación, que luego serán la mole que sepulte bajo sus escombros tanta maldad; veamos estos documentos; (los examina detenidamente, los guarda en el bolsillo interior de la americana, menos una carta que la colocará en uno del exterior) ¡ah! una carta de D. Zacarías a su socio, no me extraña ya nada; de modo que D. Zacarías está ligado a él por un crimen, me lo temía; pero si él sabe que está desligado de ese miserable, por que las pruebas las tengo yo, ¿se inclinará a la razón? ¡Oh! nueva duda, ¿no es D. Zacarías el encargado de la llave de caja, y juntamente con el cajero componen la clave? ¿como pues se efectuó el robo? ¿No será su cómplice? ¿no perseguirán el mismo fin? ¡No, no hay perdón para él, que caiga! ¡Pero que digo! ¡Dios mío! es su padre. ¡Maldición, estoy a punto de volverme loco! Pero, hay que serenarse, ella vendrá, y no debe saber lo que es su padre. (Escuchando). Siento pasos, los suyos, ella es.

## ESCENA NOVENA

Cesar y Clementina; más hermosa si cabe, pero un poco pálida, se denota que está afectada, entra deprisa; Cesar trata de levantarse, ella lo impide.

CLEMENTINA —No, Cesar, no te muevas, vengo a verte precisamente porque tú no lo puedes hacer; ¿como te encuentras?

- CESAR —Según el doctor, bastante bien, hace un momento me moría pero ahora completamente curado.
- CLEMENTINA —Debes ir perdiendo la costumbre de galantearme, ¿y tu padre?
- CESAR —(Algo velada la voz). Marchó hacia el suplicio.
- CLEMENTINA —¿Hacia el suplicio?
- CESAR —O lo que es lo mismo, hacia la oficina.
- CLEMENTINA —¿Y desde cuando constituye la oficina un suplicio para él?
- CESAR —(Sombriamente). Desde que entre sus paredes se incuba su deshonor, desde que víboras humanas la habitan.
- CLEMENTINA —¿Qué me dices, Cesar?
- CESAR —Lo que esta carta justifica.
- CLEMENTINA —(Coje la carta que le dá Cesar y lee). «Sr. D. Romualdo Escudero: Querido amigo y socio; aunque comprendo que traumas una infamia, admito a tu recomendado y lo coloco cerca del que me indicas; no obstante, protesto de cuanto hagas, toda la responsabilidad sea tuya. Tuyo afectísimo Zacarias Fernández». ¿Qué es esto, Cesar? ¿qué significa y por qué mi padre escribe de esta forma a ese hombre? ¿a quién se refiere?
- CESAR —Se refiere..... (Queda interrumpido por la entrada de don Justo, que viene demudado, parece enteramente un loco). (Cesar se levanta rápido y se dirige a él que cae en una butaca). ¿Qué te pasa, padre?

## ESCENA DÉCIMA

### *Dichos y D. Justo*

- D. JUSTO —Ce.....sar. (Ahogado por la emoción)..... hijo, estoy.... deshonorado. ¡Maldición!
- CESAR —Cálmate, padre; la deshonor que se incuba en la bajeza, no puede llegar hasta ti; vives muy alto, padre, tu honor está muy por encima de caer en manos de cobardes.
- D. JUSTO —Me han robado, la caja..... Ce.....sar..... (Entrecortado por los sollozos) un..... mi.....llón.
- CESAR —(Con la entereza de los grandes momentos). No te importe, tu hijo velaba, la providencia tendía sobre ti su manto protector; ¡pobre anciano! tu dolor tortura mi alma; ¡miralo Clementina! ¡miralo! a él se referían en la carta, ¡esa es su obra!
- CLEMENTINA —(Corre a acariciar a D. Justo). Si és esa su obra, que caigan ¡Cesar! que caigan.
- D. JUSTO —¿Pero sabes algo, Cesar?
- CESAR —No te preocupes, pronto entraremos en la era de acusadores, donde éramos acusados.
- D. JUSTO —Pero comprende, hijo, mi estado.



- CESAR —Todo lo comprendo, no te importe aparecer como lo que te acusan.
- D. JUSTO —Me repugna, hijo, me repugna.
- CESAR —Aguanta, padre, resignate. que necesito de todas mis fuerzas para contenerme, ¿crees que no sufro?
- CLEMENTINA —(A D. Justo). Hay que obedecer a Cesar.
- D. JUSTO —(Se resigna). Sea.
- CESAR —Dejaré tu honor satisfecho, no tengas cuidado. (Se oye dentro un alboroto y se distingue la voz de D. Zacarías). Pasar a esa habitación, ¡pronto! que tengo en escena uno de los actores, (ellos obedecen sumisos).
- CLEMENTINA —(Por lo bajo a Cesar). ¡Cesar! (Suplicante).
- CESAR —Descuida, vete tranquila Clementina, es tu padre.

## ESCENA DÉCIMO-PRIMERA

Cesar y D. Zacarías por el foro, trae desarreglado el traje como si hubiese sostenido una lucha, no advierte la presencia de Cesar.

- D. ZAC. —¡Que terca! trabajo me costó, pero llegué. (Al ver a Cesar) ¡Cesar!
- CESAR —¡D. Zacarías! Jamás entré en su domicilio allanando las órdenes dadas por V. el respeto a la propiedad, es su credo; ¿porqué ha violado las órdenes que cumplían los que sirven esta casa que no es la suya?
- D. ZAC. —Perdona, Cesar; es tan falsa la situación que ocupo, que tenía necesidad de verte y recordándote los días que de tu infancia pasaste en unión de mi hija pedirte me tendieses tu mano.
- CESAR —(Se aproxima a el). Hable más bajo que está ella aqui; ¿puede V. asegurar, que puede tender su mano a un hombre honrado, sin que se descubran en ella manchas de sangre?
- D. ZAC. —(Medio aterrado, pero queriendo por un esfuerzo hacerse el digno). ¡Cesar!
- CESAR —(Implacable). ¿Y el Americano?
- D. ZAC. —(Denotando miedo). Tú.....!
- CESAR —¿Y la llave? ¿y el millón?
- D. ZAC. —Escucha, Cesar, por eso venia, ese hombre tiene contra mí pruebas tan acusadoras, que no tengo más remedio que someterme a su voluntad.
- CESAR —Esas pruebas están en mi poder.
- D. ZAC. —¿Las tienes tú? ¿quién te las dió?
- CESAR —El acaso, quizás Dios que ha querido librar a V. de la deshonra; pero entienda que le salva ella, solo ella.
- D. ZAC. —¡Gracias, Cesar; gracias!

- CESAR - Siéntese ahí, (le indica un asiento en la mesa de escritorio) y escriba, (él lo hace). Sr. D. Justo Martínez; querido amigo; teniendo que ausentarme le ruego deposite en el banco y a mi nombre el millón existente en caja; esta carta constituya para los efectos de contabilidad, su resguardo. De V. att.<sup>o</sup> affm.<sup>o</sup> s. s. e. s. m. Así ahora su firma, justo, eso es, fecha la de ayer, muy bien. (Coje el papel y se lo guarda en la cartera) Falta pues muy poco.
- D. ZAC. —Manda lo que quieras, Cesar, estoy dispuesto a todo.
- CESAR —(Le indica el cuarto del teléfono). Entre y llame a su socio; se hace necesario terminar.
- D. ZAC. —¿Qué le digo?
- CESAR —Que el asunto del millón marcha, que estamos dispuestos a todo por un arreglo.
- D. ZAC. —Bien. (Entra en el cuarto).
- CESAR —Valor, solo valor. ¡Dios mío! voy a verme frente a la maldad personificada, es necesario prepararse (abre el cajón de la mesa y saca una pistola que se guarda en el pantalón, en la revólvera) me repugnan las armas que destruyen, pero al luchar contra alimañas, es indispensable y hasta necesario. (Sale D. Zacarías). ¿Qué contestó?
- D. ZAC. —Que deseguida venia, puesto que estaba seguro de nuestro triunfo.
- CESAR —Entre tanto viene, sentémonos, y cuente como realizaron el crimen del «Americano».
- D. ZAC. —(Se sienta, expresando dolor). Con ello me traes recuerdos torturadores, y sufre tal conmoción mi alma que de saberlo tú no me lo pedirías, pero como te es necesario voy a referirtelo en términos concisos. Hace algunos años que Romualdo y yo somos socios, aunque nunca apareció como tal, era Comanditario nuestro el que tú conoces con el nombre del Americano; cierta noche tuvimos Romualdo y yo mala fortuna en el juego y perdimos una cantidad fabulosa de palabra; liquidando todo nuestro capital, tal vez no hubiésemos cubierto el déficit, el Americano más afortunado ganó más de 800 mil pesetas, enterados nosotros, fingimos cartas para la realización de un ventajoso negocio, conseguimos engañarlo, y escribiendo a nuestro acreedor por llamarnos fuera el negocio de referencia nos excusamos por unos días; emprendimos la marcha después de estar persuadidos que llevaba encima el dinero; concebido el crimen le condujimos a un lugar montañoso, teníamos que atravesar un precipicio, yo iba delante, el Americano en medio y Romualdo detrás, a una señal convenida me volví rápido, le echamos al suelo y después de despojarle del dinero lo lanzamos con fuerzas al abismo. (Trémulo y desmudado).
- CESAR --- (Horrorizado). ¡Qué infamia!

- D. ZAC. —Más de mil veces mi conciencia me lo ha dicho, pero ya tarde; sigo pues, quiero apurar hasta las heces, la amargura de mi criminal conducta; buscamos gente que lo extrajeran, le dimos al crimen el aspecto de un accidente que lamentamos, y efectuando algunas compras que si no nos beneficiaban, tampoco nos perjudicaban, regresamos, pagamos la deuda, anunciamos la liquidación de él, y como al año nadie reclamó pasó al tesoro su importe, de esta forma salvamos nuestro crédito condenándome a un eterno sufrir, entonces embriagados por el crimen y la especulación, firmamos recíprocamente un documento, declarándonos uno a otro autor del hecho, estando por él ligados toda la vida.
- CESAR —Si, el de V. le tengo yo, ¿y el de él está en su poder?
- D. ZAC. —No, me fué robado del cajón de mi despacho al poco tiempo.
- CESAR —¿Supo quién fué el ladrón?
- D. ZAC. —No, aunque supongo que fuese él.
- CESAR —Bien, és lo mismo; ahora es necesario que Clementina ignore esto, y como quiera que al unirnos és de todo punto imposible que vivamos bajo el mismo techo, tenemos que acordar la forma de hacerlo sin infundir sospechas.
- D. ZAC. —Tú decidirás. (Se oye ruido dentro).
- CESAR —(Se levanta y se dirige a la puerta, a Marina). ¡Marina! deja pasar a quien sea.

## ESCENA DÉCIMO-SEGUNDA

Dichos y Romualdo, presentará el aspecto que en el avaro se muestra al ver su tesoro, está agitado y bastante pálido; en una palabra, su aspecto és repugnante.

- CESAR —(Al verle en la puerta). Pase, que con impaciencia le esperamos.
- ROMUALDO (Pasa). Seré breve, esta entrevista tiene poco de agradable, ni para V. ni para mí, por tanto, lo más acertado es ir directamente a la base fundamental que la origina.
- D. ZAC. —(Con fingida serenidad). Esperaba su llegada para ver el medio de arreglarlo, D. Justo afirma y sostiene no ser él el ladrón.
- CESAR —¿Es que hay quien pueda acusar a mi padre? (Va oscureciendo).
- ROMUALDO —¡Libreme Dios de acusar a su padre! pero si debo de advertirle que en el Banco figura un millón a su nombre.
- CESAR —(Sórríe, como diciendo: Te has equivocado) (le indica un asiento). Siéntese pues, que creo que para ventilar este asunto hemos de invertir más tiempo que el que deseamos; con-

- que V. asegura que en el Banco hay un millón nada menos a nombre de mi padre, ¿no es eso?
- ROMUALDO —Efectivamente.
- CESAR —Luego, de ser cierto eso que V. dice, ¿de donde iba mi padre a poseer esa cantidad?
- ROMUALDO —Facil es comprenderlo.
- D. ZAC. —¿Y qué significado podíamos dar a esto?
- ROMUALDO —(Lo mira como para comérselo). V. verá.
- CESAR —No, quien debe verlo soy yo. ¿De veras que no sabe V. porque se encuentra ese dinero allí?
- ROMUALDO —Solo de una forma lo podia saber.
- CESAR —¿Y és?
- ROMUALDO —Que lo explicase primero su padre.
- CESAR —Mi padre lo explicará al final, ahora sufriria mucho, porque él tiene de sí la opinión de que és un hombre honrado; esta opinión, la mantengo yo; de V. se tiene formado un concepto que no le és muy favorable, calculo que le supone como si realmente fuese un solemne bribón; (movimiento en Romualdo como si tratara de levantarse) no, no se moleste, mi padre solo supone, (subrayado) solo aventura un juicio, el que lo afirma de que efectivamente lo és V. soy yo.
- ROMUALDO —(Se levanta rápido, los demás le imitan). ¡Señor mio!
- CESAR —(Al ver que se lleva la mano al bolsillo de la revolvera). No, no busque ahí el auxiliar que dé legitimidad a sus frases; a V. le está vedado llamar ladrón a un hombre honrado; carece V. de ese derecho, y para realizar lo que por su mente cruza en este momento le hace falta, (subrayado) un cómplice y un precipicio, y además me resguarda de toda tentativa, el Americano.
- ROMUALDO —(Con esa serenidad innata en el ser avezado al crimen) (a D. Zacarías). Veo que te has confesado como una débil mujer, nada podeis contra mi, estás perdido.
- CESAR —Salvado, quieres decir; en tu ceguera lo vés contrario a como te lo muestra la realidad; ya acabó tu tirania, tus cómplices te abandonan, estás solo, las pruebas están en mi poder; las armas que en la sombra afilabas se vuelven contra tí; eres digno del verdugo, a sus brazos irás; tus sueños de poderío y riquezas han sido una pesadilla de tu vida llena de crímenes y de infamias; ¡infame! para tí que por alcanzar oro y más oro, nada perdonaste, el patíbulo; tu hora se aproxima.
- ROMUALDO —¿Mi hora? está lejos, la tuya, (saca rápido una pistola y le apunta al pecho). Entrega las pruebas que dices tener o te mato, (a D. Zacarías que hace ademán de avanzar). Tú, quieto, que ya te llegará la hora.
- CESAR —(Tranquilo). Bien, no creí que fueses tan vivo, me ganaste por la mano, justo és que té vuelva lo tuyo. (Como si fuese

cierto que su padre está detrás de Romualdo; esta escena se abandona al talento del actor, puesto que de ella depende la brillantez de su juego). No, padre, no tires. (Romualdo vuelve instintivamente la cabeza y Cesar saca la pistola de modo que cuando vé el otro el engaño lo tiene encañonado y próximo a él). Quieto, así, no tan facil vencerías, ya te lo dije, ¿no comprendes que luchas contra la razón? suelta la pistola, así, retírate a aquel extremo, bien; D. Zacarias, llame a mi padre que explique lo que este quería saber. (D. Zacarias lo hace y entran D. Justo y Clementina).

## ESCENA DÉCIMO-TERCERA

*Dichos, D. Justo y Clementina.*

CESAR

—Padre, ese hombre quiere saber como se encuentra en el Banco un millón de pesetas que tenias en caja, ¿lo has sustraído tú?

D. JUSTO

—(Con lágrimas en los ojos). ¡Cesar! ¡hijo!

CESAR

—(A Romualdo). ¿Vés esas lágrimas que queman su rostro? es la indignación que todos los hombres honrados sienten, al ser acusados de una forma tan villana; es la indignación que recorriéndolo el ser sube a la cabeza, y se desarrolla en ira, pero que en este caso tropieza con la impotencia de la ancianidad y convirtiéndose en agua se escapa por los ojos; ¡anda! acúsale, ten el valor de decir que robó; piensa en el tiempo en que tuviste a tu disposición a un pobre joven que se sacrificó por su anciana madre; piensa en que de un hombre honrado hicistes un tahur y más tarde otra cosa; piensa que para atacar el amor empleaste la superchería y la infamia, con el fin de destruirlo; y, por último, piensa que al hombre más honrado del mundo has estado a punto de lanzarlo a la desesperación y al insondable abismo del descrédito que es la muerte; y vé que ese hombre es mi padre y que tú te encuentras al alcance de la bala de mi pistola, ¿qué pena crees merecer?

ROMUALDO

—No creo ser solo el culpable.

D. ZAC.

—¡Miserable! (avanza con los puños crispados y se interpone entre Romualdo y Cesar, de modo que le dé tiempo al primero a cojer la pistola del suelo).

ROMUALDO

—(Hace fuego sobre Cesar, pero le dá a D. Zacarias). ¡Muera!

D. ZAC.

—(Cae en una butaca). ¡Me ha muerto! ¡asesino!

CESAR

—¡Miserable! (se dispone hacer fuego sobre él pero dominado por el terror se arroja Romualdo por la ventana, y se deja oír un golpe seco en el patio).

## ESCENA FINAL

Dichos menos Romualdo, D. Zacarías herido en una butaca, morirá cuando lo indique el momento.

- D. ZAC. — ¡D. Jus.....to!..... ;Cle...men...tina!..... Ce...sar... tarde... és..... per...dón.
- CLEMENTINA — ¡Padre! ¡padre mio! (se arrodilla al pié de la butaca y le acaricia).
- D. JUSTO — ¡D. Zacarías! nada hemos de perdonarle!
- CESAR — (Grave y sombrío, esa gravedad que impone la muerte). Si algo hizo, cuente con que se lo perdonará Dios, padre, nosotros le perdonamos.
- D. ZAC. — Gracias..... hi.....jo....., no..... pue.....do..... más..... sed.... fe.....li.....ces....., mue.....ro..... ¡per..... dón! (muere).
- CLEMENTINA — (Le abraza). ¡Padre! ¡padre!
- CESAR — (La coje y la retira, llevándola hacia la ventana). Cálmate, Clementina, la justicia se ha cumplido, mira, (señala hacia el exterior de la ventana) su asesino un puñado de escombros.
- D. JUSTO — ¡Clementina! la vil mano de un asesino te quitó un padre, ¿quieres ser mi hija?
- CLEMENTINA — (Corre a sus brazos). Sí, ¡padre mio! (cae desmayada).
- CESAR — Padre, ¿este es el fin del mal?
- D. JUSTO — Si, hijo, para el crimen el castigo, para la virtud, el talento y la honradez: el premio, (señala a Clementina) este és el tuyo, (idem para D. Zacarías) ese era su fin.

*Telón*

*Fin de la obra*



## Obras del mismo autor en preparación para ser impresas

RECUERDOS DEL PASADO; drama de la vida real, 3 actos y un prólogo; en prosa.

IRREDENTO O MALVADO; comedia dramática, en un acto y dos cuadros.

REFLEJO; drama, doctrinalmente social, en un acto y dos cuadros.

DESPERTAR; diálogo de tendencias democráticas.

INCLUSERO; comedia dramática, en un acto y dos cuadros, de la vida real.

¡CONCIENCIAL!; drama real, en tres actos.

ALMA DEL PUEBLO; drama en dos actos, tendencias filosófico-democráticas.

LA VOZ DE LAS ALMAS; epopeya de amor, en tres actos y un prólogo.

FUNDAMENTO; tratado del doctrinal sociólogo en un acto.



---

PRECIO 2 PESETAS